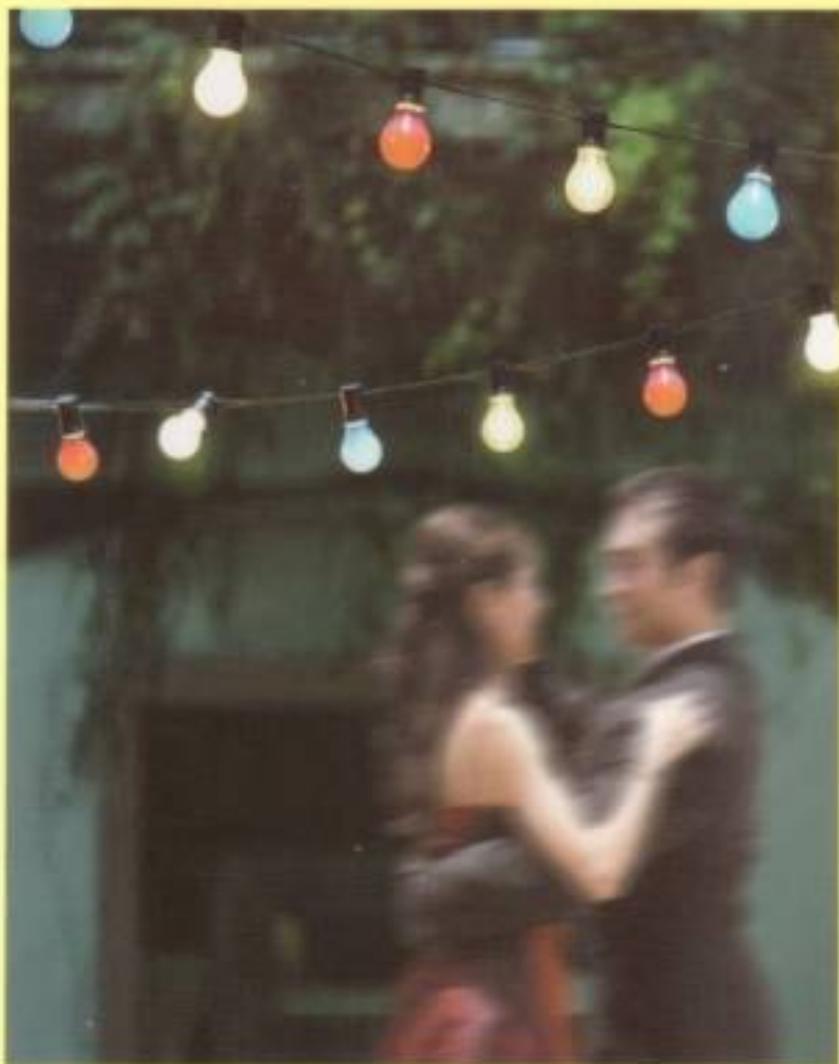


KAZUO ISHIGURO

---

# *Nocturnos*

*Cinco historias de música y crepúsculo*



Nocturnos, primer libro de relatos de Kazuo Ishiguro, reúne cinco historias que pueden leerse como estudios y variaciones sobre unos cuantos temas, o como un concierto que los expone en el primer movimiento, los combina en los siguientes y los resuelve en el último.

En «El cantante melódico», un guitarrista de oficio que toca en Venecia reconoce a un viejo vocalista americano y juntos viven una aventura musical que da una pequeña lección a ambos sobre el distinto valor del pasado.

En «Come rain or come shine», la música es el telón de fondo de la grotesca humillación que sufre un maníaco-depresivo en casa de una pareja de antiguos progres que han pasado a la fase yuppie.

El músico de *Malvern Hills* columbra su mediocridad cuando se va a las colinas a preparar un álbum a la sombra de John Elgar.

En «Nocturno», donde se intensifica el tema de la inteligencia frustrada, un saxofonista que se opera la cara conoce a una vieja artista de variedades (la ex de «El cantante melódico»).

En «Violonchelistas», que también remite a la primera historia, un joven prodigio del chelo encuentra a una mujer misteriosa que le da clases para perfeccionar su técnica.

Las cinco, como era de esperar, barajan elementos que son habituales en el autor: la confrontación de las promesas de la juventud y los desengaños del tiempo, el maravilloso y decepcionante misterio del otro, los finales ambiguos y sin catarsis. Y la música, que está íntimamente relacionada con la vida y obra del autor. Por encima de todo percibimos un fuerte sentido del desarraigo en los personajes, que siempre están de paso.

Para Deborah Rogers

## El cantante melódico

La mañana que vi a Tony Gardner entre los turistas, la primavera acababa de llegar a Venecia. Llevábamos ya una semana trabajando fuera, en la *piazza*, un alivio, si se me permite decirlo, después de tantas horas tocando en el cargado ambiente del café, cortando el paso a los clientes que querían utilizar la escalera. Soplaban la brisa aquella mañana, los toldos se hinchaban y aleteaban a nuestro alrededor, todos nos sentíamos un poco más animados y frescos, y supongo que se notó en nuestra música.

Pero aquí estoy yo, hablando como si fuera un miembro habitual de la banda. En realidad, soy un «zíngaro», como nos llaman los demás músicos, uno de los tipos que rondan por la *piazza*, en espera de que cualquiera de las tres orquestas de los cafés nos necesiten. Casi siempre toco aquí, en el Caffè Lavena, pero si la tarde se anima puedo actuar con los chicos del *Quadri*, ir al Florian y luego cruzar otra vez la plaza para volver al Lavena. Me llevo muy bien con todos —también con los camareros— y en cualquier otra ciudad ya me habrían dado un puesto fijo. Pero en este lugar, obsesionado por la tradición y el pasado, todo está al revés. En cualquier otro sitio, ser guitarrista sería una ventaja. Pero ¿aquí? ¡Un guitarrista! Los gerentes de los cafés se ponen nerviosos. Es demasiado moderno, a los turistas no les gustaría. En otoño del año pasado compré un antiguo modelo de jazz, con el orificio ovalado, un instrumento que habría podido tocar Django Reinhardt, de modo que era imposible que me confundieran con un roquero. El detalle facilitó un poco las cosas, pero a los gerentes de los cafés

sigue sin gustarles. La cuestión es que si eres guitarrista, aunque seas Joe Pass, no te dan un trabajo fijo en esta plaza. Claro que también está la pequeña cuestión de que no soy italiano y menos aún veneciano. Lo mismo le pasa al checo corpulento que toca el saxo alto. Simpatizan con nosotros, los demás músicos nos necesitan, pero no encajamos en el programa oficial. Tú toca y ten la boca cerrada, eso es lo que dicen siempre los gerentes de los cafés. De ese modo, los turistas no sabrán que no somos italianos. Ponte traje y gafas negras, péinate con el pelo hacia atrás y nadie notará la diferencia, siempre que no te pongas a hablar.

Pero tampoco me va tan mal. Las tres orquestas, sobre todo cuando tienen que tocar al mismo tiempo en sus quioscos rivales, necesitan una guitarra, algo suave, sólido, pero amplificado, que subraye los acordes al fondo. Supongo que pensáis que tres bandas tocando al mismo tiempo en la misma plaza tiene que ser un auténtico jaleo. Pero la *Piazza San Marco* es lo bastante grande para permitirlo. Un turista que se pasee por ella oirá apagarse una melodía mientras sube el volumen de otra como si cambiara el dial de la radio. Lo que los turistas no soportan mucho rato es el repertorio clásico, esas arias famosas en versión instrumental. Sí, esto es San Marco, no esperan los últimos éxitos discotequeros. Pero de vez en cuando quieren algo que reconozcan, una canción antigua de Julie Andrews o el tema de una película famosa. Recuerdo que el verano pasado, yendo de una banda a otra, toqué *El padrino* nueve veces en una tarde.

En cualquier caso, allí estábamos aquella mañana de primavera, tocando para una nutrida muchedumbre de turistas, cuando vi a Tony Gardner sentado solo con un café, casi en línea recta delante de nosotros, a unos seis metros de nuestro quiosco. Siempre había famosos en la plaza y nunca hacíamos alharacas. A lo sumo, al finalizar un número, corría un callado rumor entre los miembros de la banda.

Mira, es Warren Beatty. Mira, es Kissinger. Aquella mujer es la que salía en la película de los hombres que intercambiaban la cara. Estábamos acostumbrados. A fin de cuentas, esto es la *Piazza San Marco*. Pero cuando me di cuenta de que Tony Gardner estaba allí, fue diferente. Me emocioné.

Tony Gardner había sido el cantante favorito de mi madre. Allá en mi tierra, en los tiempos del comunismo, era realmente difícil encontrar discos como los suyos, pero mi madre los tenía casi todos. Cuando era pequeño hice un arañazo en uno de aquellos valiosos discos. La vivienda era muy pequeña y un chico de mi edad, bueno, a veces tenía que moverse, sobre todo en los meses de frío, cuando no se podía salir a la calle. Y a mí me gustaba jugar a dar saltos, saltaba del sofá al sillón y una vez calculé mal el salto y golpeé el tocadiscos. La aguja resbaló por el disco con un chirrido —fue mucho antes de los compactos— y mi madre salió de la cocina y se puso a gritarme. Me sentí fatal, no sólo porque me gritase, sino porque sabía que era un disco de Tony Gardner, y comprendía lo mucho que significaba para ella. Y sabía que a partir de entonces también aquel disco emitiría crujidos cuando Gardner cantase sus melodías americanas. Años después, mientras trabajaba en Varsovia, acabé conociendo el mercado negro de los discos y reemplacé todos los viejos y gastados álbumes de Tony Gardner de la colección de mi madre, incluido el que yo había raspado. Tardé tres años, pero se los conseguí, uno por uno, y cada vez que volvía para visitarla, le llevaba otro.

Seguro que ahora se entiende por qué me emocioné tanto cuando lo reconocí, apenas a seis metros de donde me encontraba. Al principio no me lo podía creer y es posible que me retrasara un intervalo al cambiar de acorde. ¡Tony Gardner! ¡Lo que habría dicho mi querida madre si lo hubiera sabido! Por ella, por su recuerdo, tenía que acercarme y decirle algo, y no me importaba que los demás músicos se rieran y dijesen que me comportaba como un botones de hotel.

Pero tampoco era cuestión de correr hacia él, derribando mesas y sillas. Teníamos que terminar la actuación. Fue un sufrimiento, os lo digo yo, otras tres, cuatro piezas, y cada segundo que pasaba me parecía que iba a levantarse e irse. Pero siguió sentado allí, solo, mirando su café, removiéndolo como si le desconcertara el motivo por el que se lo había servido el camarero. Era como cualquier otro turista estadounidense, con pantalón informal gris y un polo azul claro. El pelo, muy negro y muy reluciente en la carátula de los discos, era casi blanco ahora, aunque seguía siendo abundante, y lo llevaba inmaculadamente esculpido, con el mismo estilo de entonces. Cuando me fijé en él al principio, llevaba las gafas negras en la mano —si no, dudo que lo hubiera reconocido—, pero mientras interpretábamos las piezas yo no apartaba los ojos de él, y se las puso, se las quitó y volvió a ponérselas. Parecía preocupado y me decepcionó que no prestara atención a nuestra música. Cuando terminó nuestra actuación, me fui del quiosco sin decir nada a los demás, me acerqué a la mesa de Tony Gardner y tuve un momento de pánico, porque no sabía cómo iba a empezar la conversación. Me puse detrás de él. Guiado por un sexto sentido, se volvió a mirarme —supongo que por haber estado acosado por sus fans durante años— y, casi sin darme cuenta, me presenté, le conté que lo admiraba, que mi madre había sido fan suya, todo de un tirón. Me escuchó con cara seria, asintiendo con la cabeza cada tantos segundos, como si fuera mi médico. Yo seguí hablando y él se limitó a decir de vez en cuando: «¿De veras?» Al cabo del rato me pareció que era hora de irse, y cuando ya me alejaba me dijo:

—Así que es usted de uno de esos países comunistas. Tuvo que ser duro.

—Eso pertenece ya al pasado —dije, encogiéndome de hombros con despreocupación—. Ahora somos un país libre. Una democracia.

—Me alegra oír eso. Y quienes tocaban hace un momento eran los de su grupo. Siéntese. ¿Le apetece un café?

Le dije que no quería que se sintiera obligado, pero hubo una vaga y amable insistencia por parte del señor Gardner.

—De ningún modo, siéntese. Decía usted que a su madre le gustaban mis discos. —Así que tomé asiento y le conté más cosas. De mi madre, de nuestra vivienda, de los discos del mercado negro y aunque no recordaba el nombre de los álbumes, le describí las carátulas tal como me venían a la memoria, y cada vez él levantaba el dedo y decía más o menos: «Ah, seguro que ése era *Inimitable. El inimitable Tony Gardner.*» Creo que los dos disfrutábamos con aquel juego, pero entonces me di cuenta de que dejaba de mirarme y me volví en el instante en que una mujer se acercaba a la mesa.

Era una de esas señoras americanas con mucha clase, con un peinado, una ropa y una figura de primera, y que cuando las ves de cerca te das cuenta de que no son tan jóvenes. De lejos habría podido tomarla por una modelo de las que salen en las revistas de lujo dedicadas a la moda. Pero cuando tomó asiento al lado del señor Gardner y se levantó las gafas negras hasta la frente, advertí que debía de tener unos cincuenta años, quizá más.

—Le presento a Lindy —me dijo el señor Gardner—, mi mujer.

La señora Gardner me dirigió una sonrisa algo forzada y se volvió a su marido.

—¿Y quién es éste? ¿Has hecho un amigo?

—Así es, querida. Y he pasado un buen rato charlando aquí con..., lo siento amigo, pero no sé cómo se llama.

—Jan —dije con rapidez—. Pero mis amigos me llaman Janeck.

—¿Quiere decir que su apodo es más largo que su nombre verdadero? —dijo Lindy Gardner—. ¿Cómo es posible?

—No seas impertinente, cariño.

—No soy impertinente.

—No te burles de su nombre, cariño. Es una buena chica. —Lindy Gardner me miró con cara de algo parecido a la indefensión.

—¿Sabe de lo que habla mi marido? ¿Le he ofendido acaso?

—No, no —dije—, en absoluto, señora Gardner.

—Siempre me dice que soy impertinente en público. Pero no lo soy. ¿He sido impertinente con usted? —y volviéndose al señor Gardner—: Yo hablo en público con *naturalidad*, querido. Es *mi* forma de expresarme. Nunca soy impertinente.

—Está bien, cariño —dijo el señor Gardner—, no hagamos una montaña de esto. De todos modos, este hombre no es el público.

—¿Ah, no? ¿Qué es entonces? ¿Un sobrino que desapareció hace años?

—Sé amable, cariño. Este hombre es un colega. Un músico, un profesional. Hace un momento nos estaba deleitando a todos. —Señaló vagamente hacia nuestro quiosco.

—Ay, qué bien. —Lindy Gardner se volvió otra vez hacia mí—. ¿Estaba usted tocando hace un momento? Pues ha sido muy bonito. Usted era el del acordeón, ¿verdad? Ha sido realmente precioso.

—Muchas gracias. En realidad, soy el guitarrista.

—¿Guitarrista? Me toma el pelo. Pero si lo he visto hace sólo un minuto. Sentado allí, al lado del contrabajo, tocando el acordeón que era una delicia.

—Discúlpeme, pero el del acordeón era Carla. El tipo calvo y corpulento...

—¿Seguro? ¿No me toma el pelo?

—Te lo repito, querida. No seas impertinente con él.

No lo dijo exactamente gritando, pero en su voz hubo una inesperada veta de dureza e irritación, y a continuación

se produjo un extraño silencio. Lo rompió el propio señor Gardner, hablando a su mujer con amabilidad.

—Perdona, cariño. No quería ser brusco.

Estiró el brazo y asió la mano de su mujer. Yo medio esperaba que ella rechazara el gesto, pero acercó la silla y puso la mano libre sobre las dos enlazadas. Estuvieron así unos segundos, el señor Gardner con la cabeza gacha, ella mirando al vacío por encima del hombro del marido, mirando hacia la basílica, aunque no daba la impresión de que viera nada. Durante aquellos instantes fue como si se hubieran olvidado no sólo de que yo estaba allí con ellos, sino también de toda la gente que había en la *piazza*.

—Está bien, querido —dijo ella entonces, casi susurrando—. Ha sido culpa mía. Os he fastidiado.

Siguieron en la misma posición otro poco, con las manos enlazadas. La mujer dio entonces un suspiro, soltó la mano del señor Gardner y me miró. Ya me había mirado, pero esta vez fue otra cosa. Esta vez sentí su encanto. Era como si tuviera un dial, numerado del cero al diez, y en aquel momento hubiera decidido ponerlo en el seis o el siete, porque yo lo sentí con fuerza, y si me hubiera pedido algún favor —por ejemplo, que cruzara la plaza para comprarle unas flores—, se lo habría hecho con alegría.

—Janeck —dijo—. Se llama así, ¿no? Le pido disculpas, Janeck. Tony tiene razón. Es imperdonable haberle hablado como lo he hecho.

—Señora Gardner, por favor, no tiene importancia...

—Y he interrumpido la conversación que sosteníais. Una conversación de músicos, seguro. ¿Sabéis qué? Voy a dejaros solos para que sigáis hablando.

—No tienes por qué irte, querida —dijo el señor Gardner.

—Claro que sí, cariño. *Me muero* por ir a ver la tienda de Prada. Sólo he pasado para decirte que tardaré más de lo previsto.

—Está bien, querida. — Tony Gardner se sentó derecho por fin y respiró profundamente—. Siempre que estés segura de que es eso lo que te apetece.

—Me lo voy a pasar de fábula en esa tienda. Así que vosotros hablad todo lo que queráis. —Se puso en pie y me tocó en el hombro—. Cuídese, Janeck.

La vimos alejarse y entonces el señor Gardner me hizo algunas preguntas sobre ser músico en Venecia, sobre la orquesta del *Quadri* en particular y quién estaría tocando en aquellos momentos. Parecía prestar poca atención a mis respuestas, y estaba a punto de disculparme e irme cuando dijo inesperadamente:

—Quisiera proponerle algo, amigo. Permítame decirle primero lo que se me ha ocurrido y luego usted, si lo decide así, lo rechaza. —Se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Permítame explicárselo. La primera vez que Lindy y yo vinimos a Venecia fue para pasar nuestra luna de miel. Hace veintisiete años. Y a pesar de los felices recuerdos que nos atan a esta ciudad, no habíamos vuelto hasta ahora, por lo menos juntos. Así que cuando planeamos este viaje, este viaje tan especial para nosotros, nos dijimos que debíamos pasar unos días en Venecia.

—¿Es su aniversario, señor Gardner?

—¿Aniversario? —Pareció desconcertado.

—Perdone —dije—. Me ha pasado por la cabeza, porque ha dicho que era un viaje especial para ustedes.

Siguió un rato con aquella cara de desconcierto y se echó a reír, con una risa profunda y resonante, y entonces me acordé de una canción que mi madre ponía en el tocadiscos continuamente, una canción con un pasaje hablado en que venía a decir que no le importaba que cierta mujer lo hubiera abandonado, y entonces lanzaba una carcajada sarcástica. La risa que resonaba en la plaza en aquel momento era igual. Entonces dijo:

—¿Aniversario? No, no es nuestro aniversario. Pero lo que voy a proponerle no anda muy lejos. Porque quiero ha-

cer algo muy romántico. Quiero darle una serenata. Totalmente al estilo veneciano. Y aquí es donde entra usted. Usted toca la guitarra, yo canto. Lo hacemos en una góndola, nos ponemos al pie de su ventana y yo le canto. Hemos alquilado un *palazzo* no lejos de aquí. La ventana del dormitorio da al canal. Lo ideal sería por la noche. Hay una luz arriba, en la pared. Usted y yo en la góndola, ella se acerca a la ventana. Todas sus canciones preferidas. No hace falta que estemos mucho rato. Todavía hace fresco por la noche. Tres o cuatro canciones, ésa es la idea que tengo. Le compensaré debidamente. ¿Qué me dice?

—Señor Gardner, para mí será un honor. Como ya le dije, usted ha sido una figura importante en mi vida. ¿Cuándo ha pensado hacerlo?

—Si no llueve, ¿qué le parece esta misma noche? ¿Hacia las ocho y media? Cenaremos pronto y a esa hora ya habremos vuelto. Yo pondré una excusa, saldré de la casa y me reuniré con usted. Tendremos una góndola amarrada, volveremos por el canal, nos detendremos debajo de la ventana. Será perfecto. ¿Qué me dice?

Como cualquiera puede imaginar, fue como un sueño hecho realidad. Además, me parecía algo muy bonito que aquella pareja —él sesentón, ella cincuentona— se comportara como dos adolescentes enamorados. En realidad, era una idea tan bonita que casi me hizo olvidar la escena que habían tenido antes. Lo que quiero decir es que, incluso en aquella fase, yo sabía en lo más hondo que las cosas no iban a salir tan bien como él planeaba.

El señor Gardner y yo seguimos allí sentados, comentando todos los detalles, las canciones que le interesaban, la clave que prefería, cosas por el estilo. Pero entonces se me hizo la hora de volver al quiosco para la siguiente actuación, así que me puse en pie, le di la mano y le dije que aquella noche podía contar conmigo absolutamente para todo.

Las calles estaban silenciosas y a oscuras cuando fui a reunirme con el señor Gardner. En aquella época me perdía en Venecia cada vez que me alejaba un poco de la *Piazza San Marco*, así que aunque me puse en marcha con tiempo de sobra, y aunque conocía el puentecito donde me había emplazado el señor Gardner, llegué con unos minutos de retraso.

Estaba al pie de una farola, con un traje oscuro arrugado y la camisa abierta hasta el tercer o cuarto botón, enseñando los pelos del pecho. Cuando me disculpé por llegar tarde, dijo: — ¿Qué son unos minutos? Lindy y yo llevamos casados veintisiete años. ¿Qué son unos minutos?

No estaba enfadado, pero se mostraba serio y solemne, todo menos romántico. Detrás de él estaba la góndola, mecándose suavemente en las aguas del canal, y vi que el gondolero era Vittorio, un sujeto que no me acababa de caer bien. Delante de mí siempre se muestra cordial, pero sé —lo sabía ya por entonces que anda por allí diciendo toda clase de calumnias, todo mentira, sobre los tipos como yo, los que él llama «extranjeros de los nuevos países». Por eso, cuando aquella noche me saludó como a un hermano, yo me limité a saludarle con la cabeza y aguardé en silencio mientras él ayudaba al señor Gardner a subir a la góndola. Luego le alargué la guitarra —había llevado la guitarra española, no la que tenía el orificio oval— y subí yo también.

El señor Gardner no hizo más que cambiar de postura en la proa y en cierto momento se sentó con tanta brusquedad que casi volcamos. Pero él no pareció darse cuenta y mientras avanzábamos no dejó de mirar el agua.

Guardamos silencio durante unos minutos, deslizándonos junto a edificios y sombras y por debajo de puentes bajos. Entonces salió de su abstracción y dijo:

—Escuche, amigo. Sé que hemos quedado en tocar esta noche una serie de canciones. Pero he estado reflexio-

nando. A Lindy le gusta aquella que se titulaba «By the Time I Get to Phoenix». La grabé hace mucho tiempo.

—Claro, señor Gardner. Mi madre decía siempre que su versión era mejor que la de Sinatra y que aquella tan famosa de Glenn Campbell.

El señor Gardner asintió con la cabeza y durante un momento dejé de ver su rostro. Cuando fue a doblar una esquina, Vittorio dio el grito tradicional de aviso, que retumbó entre los muros de los edificios.

—Antes se cantaba mucho —dijo el señor Gardner—. Entiéndame, creo que le gustaría oírla esta noche. ¿Conoce la melodía?

Yo ya había sacado la guitarra de la funda y toqué unos compases.

—Suba —dijo—. A mi bemol. Así la grabé en el álbum.

Toqué en aquella clave y, tras dejar pasar toda una estrofa, el señor Gardner empezó a cantar, de un modo muy suave, casi inaudible, como si sólo recordara la letra a medias. Pero su voz sonaba bien en el silencio del canal. En realidad, sonaba estupendamente y durante un momento volví a ser niño, allá en aquella vivienda, acostado en la alfombra mientras mi madre estaba sentada en el sofá, agotada, o quizá desconsolada, mientras el disco de Tony Gardner daba vueltas en el rincón.

El señor Gardner interrumpió la canción de pronto y dijo:

—De acuerdo. Tocaremos *Phoenix* en mi bemol. Luego tal vez *I Fall in Love Too Easily*, tal como planeamos y terminaremos con *One for My Baby*. Será suficiente. No tendrá ganas de oír más.

Tras decir aquello pareció volver a sus meditaciones y seguimos adelante en medio de la oscuridad y entre los suaves chapoteos del remo de Vittorio.

—Señor Gardner —dije al cabo del rato—, espero que no le moleste que le haga una pregunta. Pero ¿espera la

señora Gardner este recital? ¿O va a ser una sorpresa maravillosa? —Dio un profundo suspiro y dijo:

—Supongo que tendríamos que ponerlo en la casilla de las sorpresas maravillosas. —Luego añadió—: Sólo Dios sabe cómo reaccionará. Puede que no lleguemos a *One for My Baby*.

Vittorio dobló otra esquina y de súbito oímos risas y música, y pasamos por delante de un restaurante grande, brillantemente iluminado. Todas las mesas estaban ocupadas, los camareros corrían de aquí para allá, los comensales parecían muy contentos, aunque no era precisamente calor lo que se sentía tan cerca del canal y en aquella época del año. Después de desplazarnos entre la oscuridad y el silencio, el restaurante resultaba un poco inquietante. Como si los inmóviles fuéramos nosotros y observáramos desde el muelle el paso de un resplandeciente barco de atracciones. Vi que algunas caras se volvían hacia nosotros, pero nadie nos prestó particular atención. El restaurante quedó atrás y entonces dije:

—Es gracioso. ¿Se imagina lo que harían esos turistas si supieran que acababa de pasar una embarcación con el legendario Tony Gardner a bordo?

Vittorio no sabía mucho inglés, pero pilló el mensaje y rió levemente. El señor Gardner guardó silencio durante un rato. Habíamos vuelto a la oscuridad e íbamos por un canal estrecho y flanqueado de portales mal iluminados. Entonces dijo:

—Amigo mío, usted es de un país comunista. Por eso no entiende cómo funcionan estas cosas.

—Señor Gardner —dije—, mi país ya no es comunista. Ahora somos libres.

—Discúlpeme. No es mi intención hablar mal de su país. Son ustedes un pueblo valiente. Espero que alcancen la paz y la prosperidad. Lo que trato de decirle, amigo mío, lo que quiero señalarle, es que, viniendo de donde viene, es del todo natural que haya muchas cosas que no entiendan